

CHILE

vuelve la espalda al mar

Por
Salvador REYES

En 1951, siendo Secretario de la Embajada de Chile en Londres, el escritor Salvador Reyes publicó en la Revista "Mar" de la Liga Marítima de Chile el artículo que reproducimos a continuación.

La cuestión que plantea tiene actualidad aun cuando han pasado casi 20 años. En lo que respecta a las atenciones que por aquellos años brindó la Marina británica a representantes de la Armada de Chile, en visitas oficiales a Londres, el afecto hacia nuestra Institución continúa inalterable hasta nuestros días.

Londres, Octubre, 1951.— Con unos amigos ingleses hemos conversado sobre Chile. Ellos han vivido largo tiempo en nuestra patria y la conocen en todos sus aspectos. Para juzgarla ellos tienen, en cierto modo, la ventaja del extranjero, que mira desde la distancia y abarca más.

Hemos estado de acuerdo en muchos puntos, sobre todo en considerar a Chile un país marítimo que, por una extraña aberración, se ignora.

A los ingleses les impresiona profundamente la Armada chilena, no porque ella esté formada en los moldes británicos, sino porque miden exactamente el valor que tiene en sus aspectos técnico, moral y cívico. Si nuestra Armada hubiera fracasado, si de los moldes británicos hubiera salido una institución contrahecha, débil e ineficaz, los ingleses se envolverían en su clásico desdén y argumentarían con razón que los moldes, por buenos que sean, no sirven de nada cuando el material humano que se vuelca en ellos es pobre. El interés, por no decir la admiración, que los ingleses tienen por nuestra Marina de guerra, me parece mezclado a cierto orgullo propio. Creo que los ingleses se sienten orgullosos de haberla apadrinado, de haber tenido ojo certero para poner sus maestros al servicio de quienes supieron aprovechar sus enseñanzas de manera tan perfecta como lo hicieron los marinos de Chile.

Este sentimiento británico hacia nuestra Marina se ha hecho patente con motivo de la visita del Vicealmirante Torres Hevia a Inglaterra.

Lo que ni los ingleses ni ciertos chilenos nos explicamos es la razón por la cual nuestro país vuelve la espalda al mar.

La Armada prueba desde luego dos puntos: que el chileno posee naturaleza de excelente hombre de mar, y que somos un país capaz de organizar una institución náutica perfecta. En esto estamos todos de acuerdo. También lo estamos en que la Armada, aparte de su valor guerrero y técnico, tiene una importancia básica en el civismo y en la moral del país. Es una institución sólida, que no tolera la filtración de elementos psicológicos ajenos a su organización misma, es uno de los pilares de más severa y elegante arquitectura que sostienen nuestra convicción republicana.

Sin embargo, ¡qué poco sabe de nuestra Marina la mayor parte de los políticos! ¡Qué asombrados quedan muchos de ellos cuando la casualidad los lleva a visitar los barcos, las reparticiones terrestres de la Armada y a imponerse de la obra que realizan oficialidad y marinería!

Aparte de los Estados Unidos, en las dos Américas, Chile es el único país que tiene una tradición marítima. Desde los corsarios, precursores de la Independencia, hasta hoy, tenemos una historia rica en epopeyas.

Geográficamente no podemos volvernos sino hacia el mar. Somos, en cierto modo, isla: la cordillera al Oeste y al Norte una zona sin comunicaciones.

Pero, a pesar de todas estas evidencias, que nadie puede discutir, los chilenos se obstinan en ignorar el mar. Digo se obstinan y no "nos obstinamos", porque soy modesto componente del grupo que clama por un Chile marítimo. Clamores los nuestros bien inútiles al parecer. A pesar de tanta insistencia o majadería, nuestra Marina de Guerra sigue siendo poco conocida en su labor y nuestra Marina Mercante no sale de su postración. Hoy los chilenos muestran menor interés por las cosas marítimas que ayer. Hemos convertido al Océano Pacífico en una simple tina de baño veraniego.

Comparar lo que fue nuestra Marina Mercante con lo que es, entristece a cualquier corazón chileno. Ella nos dio dinero y prestigio. Hoy, países vecinos que no nos igualan ni en experiencia, ni en tradición y que no están forzados por un imperativo geográfico como nosotros, poseen flotas mucho mayores que la flota mercante chilena y se abren un porvenir marítimo.

Hemos perdido, por falta de visión y de espíritu de empresa, la importancia que nuestros antepasados conquistaron en el mar. Hubo un momento en que el tricolor dominó a todas las otras banderas en el litoral del Pacífico y que flameó en los más lejanos puertos del mundo.

Cierto es que ahora hay hombres esforzados que organizan empresas navieras; pero esos esfuerzos carecen de apoyo oficial, de legislación apropiada, de plan de conjunto; cierto es también que la antigua C.S.A.V. hace construir nuevos buques y que otras compañías llevan nuestro pabellón al extranjero, pero eso no significa aún que Chile se haya encarado completamente con su realidad de país eminentemente marítimo.

Como casi todos nuestros legisladores y gobernantes han sido agricultores, como Santiago es un centro agrícola, el país se ha saturado de la idea rural; pero si bien la agricultura sirve para enriquecer a una minoría, no ha dado al país la consistencia económica que él habría tenido si contara hoy, como debía contar, con la primera flota mercante de la América Latina.

Nosotros no abogamos por que se abandonen las industrias agrícolas. No se trata de eso. Que la agricultura juegue su papel, pero que se reconozca que un país de la conformación geográfica de Chile, productor de materias primas que se exportan a lejanos países, no puede ser sino esencialmente marítimo.

Se podría decir de Chile, como se dice de algunos individuos, que "ha errado su vocación". Es como esos señores que, sin tener más que una muy mediana facultad, se creen grandes escritores o músicos y viven una vida falsa, en una actitud que no les produce ni honra ni provecho. Eso nos pasa por obstinarnos en la idea de que somos un país eminentemente agrícola.

En estos últimos años en que se habla tanto de industrialización, resulta extraño que no se hable con el mismo entusiasmo de crear una gran flota mercante, complemento natural del desarrollo industrial.

"El porvenir de Chile está en el mar" —repite la Liga Marítima con una santa obstinación—. Si es verdad que la gota de agua termina por horadar la piedra, es de esperar que esta frase termine por penetrar en el cerebro rural del país.

Es necesario hacer una vasta campaña para mostrar el mar a nuestro pueblo que, a pesar de tenerlo delante de sus ojos, no quiere darse cuenta de su existencia. Naturalmente que cuando digo "pueblo" no hablo sólo de los obreros, sino de todos los elementos que constituyen el pueblo de un país. En Chile son las clases acomodadas y dirigentes las que más ciegas se muestran ante nuestra realidad marítima; las clases populares, con más perfección y visión, aman el mar. Si nuestras flotas de guerra y mercante aumentaran, no escasearían ciertamente las tripulaciones.

Estas mal hilvanadas reflexiones son el eco de mis charlas con ingleses que conocen Chile de norte a sur y que se muestran seguros de que su grandeza no puede venir sino del mar; están inspiradas también estas líneas en la impresión que he recogido al ver la forma en que las personalidades navales británicas han acogido al Vicealmirante Torres Hevia. Se le ha recibido en Londres con los honores, la gentileza y el respeto que significan esto: la primera potencia marítima del mundo reconoce el alto valer de la Marina chilena.

